

## LENGUA Y CULTURA EN *LA TESIS DE NANCY*

Ricardo CRESPO RUIZ\*

Centro de Estudios Ramón J. Sender

**RESUMEN** *La tesis de Nancy*, de Ramón J. Sender, entronca con la literatura de viajes del siglo XVIII. Con este modelo epistolar, lo que nace como una pequeña narración en 1955 se amplía y se publica en un momento de contracultura de la sociedad americana y de americanización de España. Hacer reír a los españoles con las dificultades de Nancy para entendernos nos pone a prueba como lectores y es un guiño que nos halaga si superamos esa prueba, pero incluso entonces nos quedamos en la superficie, pues lengua y cultura, los dos aspectos que en la novela utiliza Sender para ese fin a través del gitano y la estudiante extranjera, evolucionan desde un primer nivel lingüístico, en donde se producen el humor y la ironía, hasta otro más profundo y de dimensión trascendente, si es que los dos no van unidos como siameses: sería el choque entre el irracionalismo y el relativismo de hoy y el racionalismo y el sentido crítico de los viajeros ilustrados, o, visto desde otro punto de vista, una prueba del cambio literario e ideológico del mismo Sender.

**PALABRAS CLAVE** *La tesis de Nancy*. Ramón J. Sender. Novelas.

**ABSTRACT** *La tesis de Nancy (Nancy's Thesis)*, by Ramón J. Sender, is in dialogue with 18<sup>th</sup>-century travel literature. This epistolary novel began as a short story in 1955, and was expanded and published at a time when the counterculture was emerging in the USA, and Spain was becoming more Americanised. Nancy's efforts to understand the Spaniards around her are amusing, while also presenting a test for the reader and an in-joke for those of us who can pass it. But this merely scratches the surface, as the language and culture Sender illustrates through the characters of a gipsy and a foreign student continue to evolve from the comedy of basic linguistics to a deeper level and a dimension which transcends the narrative: the clash between the irrationality and relativism of today and the rationalism and critical thinking of travellers in the Enlightenment; or from another point of view, evidence of change in the literary output and ideology of Sender himself.

**KEYWORDS** *La tesis de Nancy*. Ramón J. Sender. Novels.

**RÉSUMÉ** *La tesis de Nancy*, de Ramón J. Sender, trouve ses racines dans la littérature de voyage du XVIII<sup>e</sup> siècle. Avec ce modèle épistolaire, ce qui a commencé comme un petit récit

---

\* rcrespor200@yahoo.es

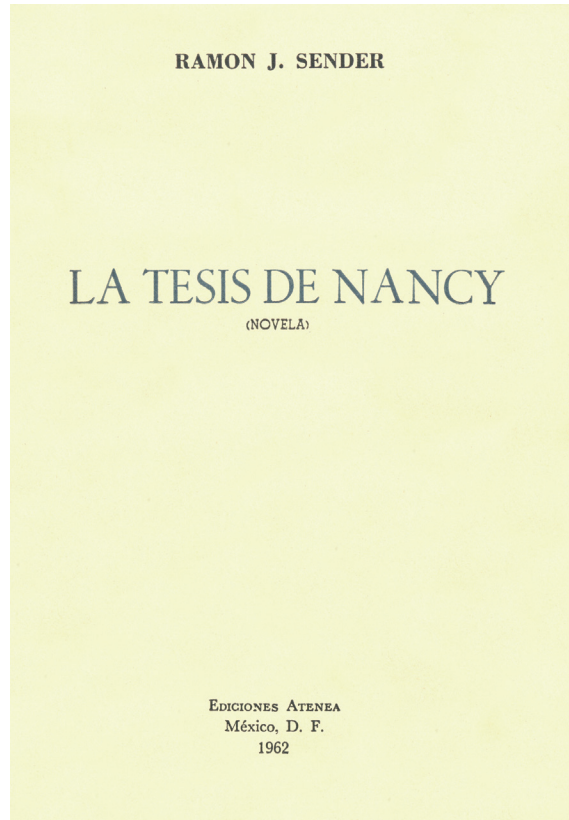
en 1955 est élargi et publié à une époque de contre-culture dans la société américaine et d'américanisation de l'Espagne. Faire rire les Espagnols des difficultés de Nancy à nous comprendre nous met à l'épreuve en tant que lecteurs et constitue un clin d'œil qui nous flatte si nous réussissons ce test, mais même dans ce cas nous restons à la surface, car langue et culture, les deux aspects que Sender utilise dans le roman à cette fin à travers le gitan et l'étudiante étrangère, évoluent d'un premier niveau linguistique, où l'humour et l'ironie sont produits, à une dimension plus profonde et plus transcendante, si les deux ne sont pas unis comme des frères siamois : ce serait le choc entre l'irrationalisme et le relativisme d'aujourd'hui et le rationalisme et le sens critique des voyageurs éclairés, ou, regardé d'un autre point de vue, une preuve du changement littéraire et idéologique de Sender lui-même.

MOTS CLÉS *La tesis de Nancy*. Ramón J. Sender. Romans.

El 29 de abril de 1955 Joaquín Maurín le escribe a Ramón J. Sender: «Te doy las gracias por el magnífico cuarto de hora que me proporcionó anoche *La prima de Nancy*. Es sabrosísima. Hay “salidas” magníficas. En conjunto una pequeña joya».<sup>1</sup> Como se sabe, Sender colaboró extensamente durante varios años con la American Literary Agency (ALA), que fundara en Estados Unidos el exdirigente anarquista del POUM Joaquín Maurín con el propósito de distribuir entre la prensa de Latinoamérica obras de hispanistas y exiliados españoles que dieran una imagen favorable del país norteamericano.<sup>2</sup> En esa misión de propaganda ideológica se inscribe el cambio, tanto de tema como de forma, experimentado por Sender, y se inscribe asimismo la creación de la Nancy norteamericana, apta para el momento de la «coca-colonización española», en palabras de W. F. Mayo. Fue precisamente Mayo, también colaborador de la ALA, quien redactó la primera nota sobre *La tesis de Nancy* cuando apareció publicada en la editorial Atenea de México D. F. En una carta del 25 de junio de 1962 Maurín le envía transcrita esa nota a Sender con la esperanza de que «no le decepcione demasiado». Mayo, resumiendo el tema y el tono de la obra, dice: «Es la novela de una estudiante americana en Sevilla que trata de documentarse para escribir su tesis académica sobre los gitanos... No hay duda de que el encuentro de lo yanqui con lo calé tenía que producir una colisión cómica». Sin embargo, Sender coincide a medias, y poco después, el 30 de julio, le escribe a Maurín: «Veo que Nancy va haciéndose conocer en el mundo de ALA y que tú percibiste enseguida la pequeña dimensión trascendente de esta novelita. No todo es espuma ligera. Hay alta picardía —me refiero a la calidad dentro del género—. O por lo menos pretendo haberla puesto». Para terminar con las referencias tempranas a la obra que nos ocupa, citamos otra que Sender envía a Maurín el 20 de marzo de 1963: «parece que la gente [en España] de veras me estima... Hasta *La tesis de Nancy* dicen que es lo mejor que se ha escrito “en todos los tiempos” sobre Andalucía».

<sup>1</sup> Caudet (1975). La novela corta en cuestión se publicaría el mes siguiente en *Temas*, revista española editada en Nueva York.

<sup>2</sup> Crespo (2001).



Cubierta de La tesis de Nancy (México, Atenea, 1962).

Pese a ese *hasta*, el inicial *cuarto de hora* de lectura acaba elevando en alto grado la autoestima del autor aragonés, exiliado desde 1939, deseoso ya de volver a España y alejado hasta entonces del lector español. Cuando Sender se anima finalmente a visitar España, en 1974, el *Heraldo de Aragón* titula un artículo «Sender regresa del brazo de Nancy»,<sup>3</sup> sin que se pueda asegurar que se trate de una estrategia para regresar con algo incruento en las manos que haga olvidar al autor comprometido con la República, aunque podría ser. Lo que sí hay de cierto es que en un artículo aparecido en la revista *Blanco y Negro* Sender se vanagloria de que le hayan dedicado algunas calles en España, una de ellas en Alcalá de Guadaíra, según le ha comunicado «su alcalde, don Manuel Rodríguez Granado, porque Nancy pasó más de un año en aquella bonita población y dio que hablar en el buen sentido y la

---

<sup>3</sup> *Heraldo de Aragón*, 29 de mayo de 1974.

recuerda siempre con verdadero cariño». <sup>4</sup> Pues bien, desde aquella idea inicial de una estudiante norteamericana que va a Andalucía para estudiar al gitano, las peripecias de Nancy se amplían hasta formar un conjunto de cinco novelas, *Los cinco libros de Nancy*, que recoge en 1984 la editorial Destino, cuya edición sigo en este artículo. <sup>5</sup> Me centraré sobre todo en *Andalucía descubre a Nancy*, si bien me referiré también a *La tesis de Nancy*, porque realmente es ahí donde se encuentra explícita la filosofía o, en palabras del propio Sender citadas antes, la «dimensión trascendente de esta novelita».

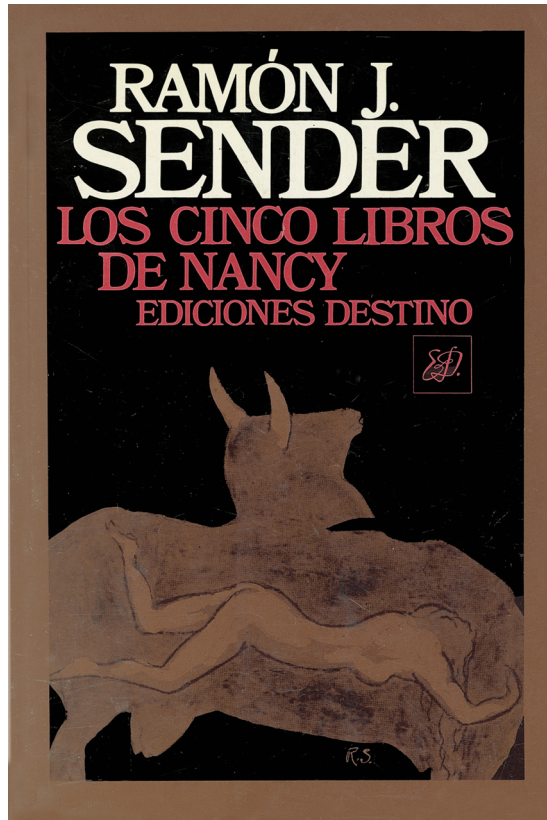
Dicho esto, no voy a inventariar en esta breve exposición la recepción crítica de la obra, pero baste decir que no todos —sean críticos, profesores o simples lectores— compartieron ni comparten la visión de Sender, y que hubo y hay quienes la relegan a la categoría de obra menor en relación con algunas otras novelas de épocas anteriores de la producción senderiana; es decir, la consideran *pura espuma*. <sup>6</sup> En lo que sí coinciden casi todos es en que su lectura, aparte de ser un divertimento para los lectores hispanohablantes, es un magnífico ejercicio para los estudiantes de nuestro idioma como segunda lengua, tal como reseña Luis Pérez Botero: «Los textos de Nancy son los más indicados para ejercitar a los estudiantes de español en el manejo de los temas hispanos y en el uso de los modismos característicos del español». Este autor asegura que «filólogos y lingüistas se reirán a su gusto con las ingenuidades [...] de Nancy». <sup>7</sup> Filólogos y lingüistas españoles o del español, digo yo, porque la risa no puede surgir en este caso de la ignorancia del lector del idioma que se emplea. Por eso, cuando Luz Campana de Watts opina, en el prólogo a esta edición de Destino, que se trata de una risa casi siempre «factual, es decir, de combinación de hechos que crean circunstancias ilógicas y cuyo carácter ilógico suscita en nosotros sorpresa y una especie de saludable optimismo», habría que apostillar que esos hechos cómicos tienen su origen en lo lingüístico. Piénsese, por ejemplo, en los celos de Curro porque Nancy le confiesa que le gusta la *golfería* queriendo decir

<sup>4</sup> *Blanco y Negro*, 8-14 de marzo de 1978. En Alcalá de Guadaíra, población cercana a Sevilla, es donde reside la protagonista, Nancy. La posible existencia real de una tal Nancy no es trascendente aquí, pero se ha especulado mucho sobre este asunto en el ámbito de una crítica biográfica hoy desprestigiada. Parecer ser que de soltera se llamaba Nancy Cugar y fue alumna de Sender.

<sup>5</sup> En la edición de Destino la original *La tesis de Nancy* pasa a llamarse *Andalucía descubre a Nancy* —y no al revés: la ironía del título es evidente—, y la continuación, en donde se relata la vuelta de Nancy a Estados Unidos y se expone su tesis doctoral, se convierte en *La tesis de Nancy*. Después se suceden *Nancy y el Bato Loco*, *Gloria y vejamen de Nancy* y *Epílogo a Nancy: bajo el signo de Tauro*. Todas las citas de Sender proceden de esta edición. Entre paréntesis se indican las páginas correspondientes.

<sup>6</sup> Un ejemplo es José-Carlos Mainer (1974), que señala la «evidente conversión política» de Sender y califica estas obras de piezas sonrojantes y «horribles novelas de la americanita Nancy». Sin embargo, otros críticos, como Janie Spencer (1986), son más positivos: «Sender never directly criticizes the American university system. By using Nancy as an example of its end product, however, he highlights several of its deficiencies». Sender, «immersed himself in American thought and culture», pretendería asimismo mostrar «various character traits of American women». Para Charles L. King (1975), «Nancy is a caricature of the American female graduate student in Spanish».

<sup>7</sup> Pérez Botero (1978).



Cubierta de Los cinco libros de Nancy (Barcelona, Destino, 1984).

que le gusta el golf. Varias páginas ocupa este incidente. Es una obra difícil, pues, de traducir a otros idiomas.

Así pues, *Andalucía descubre a Nancy* va desarrollándose y tomando cuerpo narrativo a partir de aquella lejana *La prima de Nancy* de 1957 gracias precisamente a esos elementos lingüísticos. Son ellos los que dan sentido a la obra y definen a los personajes. La intriga es magra y apenas existe otro hilo que nos conduzca al desenlace que el tópico del triángulo amoroso y los celos que tiene el medio gitano Curro de Quin y del duque de los Gazules, que acaban en nada.<sup>8</sup> Sobre esta vértebra se extiende la verdadera historia, que no es otra que la inmersión de Nancy en un mundo lingüístico y cultural que desconoce y que interpreta a su antojo o inducida al

---

<sup>8</sup> Alcalá de los Gazules se encuentra cerca de Casas Viejas (Cádiz), lugar que visitó Sender para cubrir el levantamiento anarquista contra la República y del que salió el famoso reportaje que, según él, hizo tambalearse al Gobierno de Azaña.

error por el mismo Curro. En este aspecto es donde, en mi opinión, radica la evolución del personaje: es el progresivo conocimiento de Nancy de la lengua española lo que convierte la obra en una *novela de formación*, término acuñado por Wolfgang Kayser. La *alta picardía* de la que habla Sender estaría, pues, en el amplio espacio de la lengua y en las situaciones lingüísticas que producen la trama. Solo así podríamos aceptar la opinión de Fernando Salinero en el sentido de que *Andalucía descubre a Nancy* y el *Lazarillo* tienen la misma línea estructural, pues «uno y otro son libros de burlas, a pesar de las naturales distancias».<sup>9</sup> Esas *naturales distancias* son, más que de tiempo o de crítica social, de perspectiva del narrador: en la obra senderiana es la lengua el verdadero espacio de Nancy y su mundo vital. La norteamericana es objeto de burla en tanto y en cuanto se mueve dentro de la lengua y la cultura españolas. No se trata ni siquiera de Andalucía o de la sociedad andaluza o de lo gitano, sino de la lengua, insisto, de una lengua española con muchos préstamos del romaní o caló, claro. Desde la confusión de Nancy del vulgar piropo *está buena* con la preocupación por la salud hasta su intento de entender el concepto de *paripé*, los juegos de palabras, los *quid pro quo*, los dobles sentidos, los equívocos, las paronomasias, las definiciones que usan hipérbolos o consonancias, los apodos, los chistes, las ocurrencias y, en fin, las *salidas* que apreciara Joaquín Maurín en el esbozo de lo que sería *Andalucía descubre a Nancy*, todo ello forma el cuerpo de una novela que evoluciona desde un primer nivel lingüístico a otro cultural, desde el del humor y la ironía a otro más profundo y trascendente —si es que ambos no van unidos como siameses—.

No obstante, antes de avanzar en esta interrelación y en sus consecuencias quisiera detenerme en algunos ejemplos lingüísticos que elijo al albur: son tantos que es *er casi tó* en la novela. Cuenta Nancy a su prima Betsy en las cartas que componen esta novela epistolar un incidente en estos términos:

—[...] y que el otro había tenido que pelear con un sobrino del compadre y que este sobrino le *dio mulé*.

—¿Cómo?

—Que lo despachó.

Yo le pedí que me lo explicara. Y ella dijo: «La cosa no pue ser más clara: er que le había dao el pinchaso a mi compadre mordió er polvo». Viendo que yo seguía sin entender, y con la expresión congelada, ella añadió: «Que palmó, niña. ¿Está claro? La lio, la diñó, la espichó [...]; que estiró la pata, que hincó el pico».

No entendía yo, y ella, como el que da la explicación final, dijo: «En fin, hija, que lo dejó seco en el sitio». Yo apuntaba todas aquellas palabras, y cuando Elsa se hubo referido de mí me dijo que el sobrino de su compadre había matado al agresor para vengar a su tío. Así son estos andaluces. (p. 54)

Si Nancy hubiera entendido la expresión *dar mulé* o el verbo *palmar*, no habría seguido hablando Elsa. La ignorancia de Nancy podría ser la del lector, con lo que se suspendería la gracia del diálogo. Ya he dicho que no se puede captar el humor

<sup>9</sup> Salinero (1974). Siguiendo una edición anterior y diferente a la que yo utilizo, Salinero se refiere a lo que sería *Andalucía descubre a Nancy*. No habrá que insistir en esto.

de esta obra sin el conocimiento de la lengua que emplea Sender, si bien no siempre es el uso del caló la causa de los errores de Nancy.<sup>10</sup> En *soltar la mosca*, por ejemplo —«una superstición del tiempo de los bártulos», según la antropóloga norteamericana—, lengua y cultura se unen claramente para provocar en nosotros una hilaridad impía. ¿Quiénes eran los bártulos y qué significa *soltar la mosca*? Pregúntenselo a cualquier español... Tal vez mejor no... Hay un par de situaciones que no me privaré de citar.

Escribe Nancy a su prima:

Si vienes a España, Betsy, te aconsejo que no hagas preguntas a la gente sobre gramática. [...] no es *popular* en este país, al menos en Alcalá de Guadaíra [...]. Ayer le pregunté al dueño de la farmacia del barrio el subjuntivo de otro verbo. Él me dijo que era una pregunta muy graciosa y me presentó a su mujer. (p. 30)

Y cuando pregunta a un zapatero vecino de la misma localidad cuál es la declinación de pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo del verbo *andar*, el zapateador, mosqueado, la manda de mal humor a pelar la pava. ¡Pelar la pava!

¡Qué país este! ¡Viajar para ver y ver para vivir! Si tú vinieras aquí, con lo bonita que eres, enseguida tendrías pavas que pelar. Lo que no comprendo es qué hacen con ellas después, porque aquí solo se come pavo para Navidad. Y las plumas no se ven por ninguna parte. (p. 48)

Páginas más adelante trata de darse una explicación: «Debe de ser una figura de dicción» (p. 131). No se trata solo de la lengua, pues, sino que, como señala Robert Kirsner, «la incongruencia que existe entre la forma de vida española y la norteamericana constituye un mundo babélico».<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Cito unos ejemplos a modo de muestrario de los dos casos: a) «En la orilla contraria había una venta [...] un sitio a donde van los trasnochadores a beber y a pelar. También juegan a un deporte raro [...] que llaman jumera. Se trata de atrapar la jumera, que debe ser una especie de balón»; b) «Hay muchas heridas entre los calés. Voy a copiarte algunas [...]: pinchaso, gusanera, viaje, tarascada, trancazo, rejoneo, jabeque, chirlo, mojadura, descalabrado, y así. Las heridas en el pecho son tales que por mucho tiempo la víctima respira por la herida aún después de curado [...] y esos son los que se vengan de un modo más terrible»; c) «Dijo el capataz que el Trianero era un cazurro. Eso se dice de las personas que tienen habilidad para la caza»; d) «Pero no entiendo las bromas. Y por eso tomo precauciones. Por ejemplo, cuando bebemos manzanilla y nos dan tapas, yo evito las de queso, porque está convenido entre los andaluces bromear con el que come queso, y a eso le llaman dárselas —las bromas— con queso»; e) «A algunos toreros, cuando visten el traje de luces, les pasa una cosa rara. Se les arruga el ombligo (yo digo que será alguna alergia), y ese es el síntoma de una neurosis que se llama la jindama. Para evitarlo se ponen una faja rosa especial»; f) «Tienen prejuicios [...]. Mi novio dijo: “[...] yo la quiero, pero no me mato con nadie por una hembra que cuando la conocí estaba sin su flor. Ezo es [...]”. [...] Cuando me conoció Curro», le confiesa Nancy a Betsy, «estaba yo sin mi flor, es decir, que no llevaba la flor de las mocitas andaluzas en el pelo» (ni que decir tiene que a partir de ese momento Nancy trata de ir siempre con una flor en el pelo). En fin, para Nancy, *la mar de gente* es un hipérbaton que quiere decir «gente de mar»; los *pinreles* son una «especie de castañuelas en el tobillo»; *ser un pendón* es ser muy católica, puesto que el pendón es el estandarte religioso que se lleva en las procesiones; *nanay* quiere decir que el interlocutor «se lo pensará»; un *pisquí* es «una peluca falsa»; la palabra *flamenco* es de origen árabe que proviene de *fallahmenigo*, es decir, campesino pobre (¿o trovador?) (¿o se trata solo de una definición por consonancia?). ¿E *cursi* también palabra de origen árabe (en alusión al sillón recamado con pedrería que se cedía a los invitados)? ¿Se puede considerar *pasapán* una horrible ponomasia (por *garganta*) como piensa Nancy?

<sup>11</sup> Kirsner (1973).

Y bien, bromas aparte, ¿a dónde conduce todo este disparate y este juego lingüístico, esta fusión de lengua y cultura, esta *espuma* que provoca nuestra sonrisa? ¿Dónde está la *alta picardía*? Para responder a esta pregunta, que es darle sentido a la lectura, reparemos en que tanto el plan argumental de la obra como su estructura epistolar deben inscribirse genéricamente dentro de una tradición literaria, iniciada por Montesquieu con sus *Lettres persanes* en el siglo XVIII, que en España introdujo José Cadalso con sus *Cartas marruecas*: la del extranjero que, al no compartir ni sufrir las costumbres del nativo, posee, en expresión de Todorov, «el claro privilegio epistemológico de percibir las en la verdad». <sup>12</sup> También Gacel, el protagonista de *Cartas marruecas*, quiere viajar con utilidad y observar las costumbres de este pueblo —el español— porque, como le comenta a Betsy la misma Nancy a propósito de la opinión de Curro sobre el cine americano, «[n]o hay como los extranjeros para ver nuestras cosas» (p. 60). Naturalmente, aquí, con esta ironía de Sender, termina la coincidencia entre los dos textos, pues digamos ya que la serie senderiana —en especial sus primeras novelas— puede considerarse una transformación transexualizada —por el papel femenino de la narradora Nancy—, en forma paródica al modo cervantino, del hipotexto cadalsiano, que sí buscaba, ciertamente, censurar los vicios y las costumbres de los españoles. Por el contrario, en la peripecia de Nancy por Andalucía no existe tal propósito de crítica social: más bien se criticaría la pretensión de «esos autores que toman la perspectiva de hacerse extranjeros en su propio país para conocerlo mejor», <sup>13</sup> pues Sender mantiene hasta el final la ilusión de factualidad por la sencilla razón de que no puede atribuirse los errores que comete Nancy: «Según he dicho varias veces, los libros de Nancy los ha escrito ella misma, puesto que mi tarea ha sido retocar sus cartas» (p. 611). Lo que sí estaría criticando Sender, con una comicidad no exenta de trascendencia, <sup>14</sup> a la *scholar* norteamericana Nancy es que va a Andalucía y estudia al gitano como *entidad frenética* de paso hacia la Atlántida en un viaje hacia el mito, hacia el límite de la historia (para Sender las islas Canarias son restos de la Atlántida). Es lo que se narra en las novelas *Nancy y el Bato Loco* y *Gloria y vejamen de Nancy*. En todo caso, en ese primitivismo de raigambre lévi-straussiana que Nancy busca en los gitanos no podemos identificar Andalucía, cuyo sustrato étnico es más profundo y diverso. Quiero decir que los andaluces no se pueden considerar blanco de las burlas del aragonés, por cuanto lo gitano no representa el modo de ser y de pensar andaluz. Por eso creemos

12 Todorov (1991: 400).

13 *Ibidem*, p. 401.

14 Opuesta a la sátira, que Sender considera más fácil, la comicidad es un tipo de humor que actúa contra sí mismo. Y aclara que «no se trata solo de reírse de sí mismo, sino de burlarse de la atmósfera social de la que uno forma parte, de la ciudad en la que uno vive, hasta de la nación a la que uno pertenece» (Sender, 1970). Sin embargo, hay que tener cuidado, según nos advierte Sender, porque «[todos] parecemos vivir en un aeropuerto muy complicado [...], cuyos aviones no van a ninguna parte o al menos no se sabe adónde van [...]. Pero el permanecer aquí [en la vida, el mundo] tiene su mérito, y si queremos hacer de ello una broma tiene que ser una broma bastante trascendente para que los otros, los que nos acompañan en el aeropuerto, no caigan en el caos y en la desesperación de lo insustancial e inane» (p. 224).



que, cuando Sender se hace eco de que *Andalucía descubre a Nancy* es la mejor novela que se ha escrito «en todos los tiempos sobre Andalucía», lo que hace es bromear consigo mismo con tan desmedido autoelogio.

Debemos, pues, situar la obra en la época.<sup>15</sup> Los años de la década de los sesenta eran propicios para pensar en una Nancy que llega a España con el propósito de hacer una tesis de antropología, en un trabajo de campo y un profesor finlandés Blacksen que se la acepta como un estudio de costumbres. Eran esos los años en los que la sociedad norteamericana entraba en crisis por la guerra de Vietnam y en los campus universitarios sobraban *exotas* idealistas de escrupulosa conciencia que, a través de los Cuerpos de Paz y de asociaciones afines no siempre tan escrupulosas, se abonaban a la ley de Homero: el país más alejado del nuestro es el mejor. Muchos de esos jóvenes podrían ser encuadrados en lo que se conoce como *movimiento hippie*, y algunos otros de ellos, estudiosos y aventureros o simplemente inconformistas con su propia sociedad, se desparramaron por el mundo con más o menos rigor científico para observar y estudiar al *otro*. El *otro lejano* para un norteamericano podía ser el gitano. La relación entre *hippies* y gitanos está formulada en *Andalucía descubre a Nancy* de un modo burlón, invertido: los gitanos imitan a los *hippies*, según Nancy (si bien cuando presenta su tesis la antropóloga pone los términos en su sitio y escribe: «los *hippies* —que en tantas cosas imitan a los gitanos—») (p. 227).<sup>16</sup> En un artículo de Sender de 1969 que lleva el sugestivo título «Los golfos de Buda y otros inocentes excesos», pese al rapapolvo que les echa a los *hippies*, a quienes califica de «golfos de lujo», el autor aragonés afirma que

tratan de retroceder a un primitivismo del que todos nosotros hemos sido alejados hace tiempo por la llamada *civilización* [...]. Tienen, con todo, su razón de ser y salen de lo más genuino y radical de nuestra propia cultura. Representan la tendencia a la compensación de los factores biológicos y morales básicos. Representan la revalorización del mundo del inconsciente desdeñado o ignorado por la sociedad culta desde los tiempos de la gloriosa Grecia, nada menos.<sup>17</sup>

El duende gitano, el duende furco, que tanto fascina a Nancy, no es otra cosa. O los malos mengues. O el mal bajío. Esa magia y ese primitivismo causaban la

<sup>15</sup> Mucho de lo que continúa está extraído de Crespo (1995), por lo que el presente estudio se puede considerar una versión muy ampliada.

<sup>16</sup> En el contexto histórico en el que van surgiendo las novelas de la serie de Nancy, lo *hippie* se presentaba como una forma de rebeldía de cuya eficacia revolucionaria Sender recela. Los gitanos también han practicado su rebeldía, con mejores o peores artes, desde hace tiempo, y ello no ha servido para transformar el mundo; de ahí que a las autoridades les importen un bledo sus peculiaridades, pues, efectivamente, la forma de rebeldía de los gitanos no puede alcanzar a los civilizados, porque solo un pueblo que se considere primitivo puede vivir primitivamente. Tal vez lo que ocurra sea que la aparición de los *hippies* en la sociedad americana le hace a Sender recordar lo gitano que dejó en España. Según José María Jover Zamora (1997: 170), Sender aprendió casi todo el *bajío* del Tripa, un famoso guitarrista gitano que solía acompañar a Pastora Imperio dentro y fuera de España y al que conoció en 1927 en la cárcel Modelo de Madrid, donde el escritor fue encarcelado por acciones subversivas contra la dictadura de Primo de Rivera.

<sup>17</sup> Sender (1969).

fascinación de Lorca por los gitanos y los negros de Harlem ante la civilización automatizada y tecnológica, una fascinación semejante a la que experimenta Nancy, quien al volver de España le escribe a un Sender situado en el mismo nivel diegético y de ficcionalidad: «al llegar a esta ciudad de los rascacielos, donde un ser humano se considera una rata entre cubos de cemento y seres deshumanizados [...]» (p. 206). Y digo *mismo nivel diegético y de ficcionalidad* porque Sender afirma ser un mero transcriptor de las cartas que envía Nancy a Betsy, pero poco a poco va introduciéndose en la historia, pasando de la «Nota previa» a entradas cada vez más extensas donde dialoga con ella y con otros personajes hasta dirigirle la carta-epílogo para subsanar las lagunas que tiene sobre las corridas de toros. Puesto que, desde que «le sujet de l'énonciation devient sujet de l'énoncé, ce n'est plus le même sujet qui énonce»,<sup>18</sup> se puede afirmar que los dos actúan en el mismo nivel diegético, y también en el mismo nivel de ficcionalidad porque, como diría Genette, incluso cuando el autor es igual al narrador «nada impide a un narrador identificado con el autor contar una historia ficcional, pues lo que define la identidad narradora es [...] la adhesión sería del autor a un relato cuya veracidad asume».<sup>19</sup> Y, que nosotros sepamos, solo en broma Sender ha pretendido otra cosa; es decir, solo en la ficción.

Aclarado esto, para Sender, convertido ahora en narrador-personaje, el profesor finlandés Blacksen, personaje de nieblas y brumas nórdicas que dirige la tesis de Nancy, trata de

poner luces en la oscuridad del mundo del inconsciente individual, fuente de misterios y milagros. Si la vida misma es un misterio y un milagro y no hay en ella nada racional, ¿por qué tratar de explicarla racionalmente? Por eso los gitanos le interesaban.

[...] le interesaba de ellos la aureola de misterio y brujería que los rodeaba. (pp. 201-203)

Por su parte, Nancy le dice al profesor Blacksen en un parlamento: «Es que hay cierto budismo en la naturaleza más secreta de los gitanos, como lo hay en los *hippies* modernos» (p. 221). Unos y otros estaban de moda. La contracultura, más o menos folclórica y oriental, se complementaba con el turismo. Eran esos años, en fin, un tiempo en el que, como dice Clifford en aras de la antropología del lenguaje, el equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo se derrumbó y los etnólogos empezaron «a escribir acerca de sus experiencias de campo» desde el yo. «El uso de la narración en primera persona [...] se extiende en consonancia con las últimas tendencias», y aparece «la experiencia vivida, lo autobiográfico e incluso el autorretrato irónico».<sup>20</sup> No obstante, lo que pasa aquí, en esta novela, es que la antropóloga es Nancy, en definición del narrador-autor Sender un personaje a quien «a veces las anfibologías de las palabras» que no conoce bien «nos la presentan como una chica con una

18 Todorov (1968: 65).

19 Genette (1993: 69).

20 Clifford y Marcus (1991: 43-44).

torpeza graciosa» (p. 203). Como diría Wayne Booth, «muchas historias requieren confusión en el lector y el modo más efectivo de lograrlo es usar un observador que él mismo esté confundido». <sup>21</sup> Y Nancy viene de perlas para que el autor pueda ocultar información y provocar los malentendidos, la incomprensión, el humor y la burla. Es claro este recurso retórico de ficción cuando Nancy le dice a Betsy que no encuentra el significado de *paripé* en ningún diccionario, aun estando en el de la Real Academia de la Lengua como palabra de origen caló.

Pues bien, la forma epistolar del género canónico sirve asimismo para este propósito. Por un lado, las cartas permiten que el relato sea asumido por un personaje, el que escribe, pero por ello su punto de vista «is limited almost entirely to his own thoughts, feelings, and perpectives». <sup>22</sup> Además, es sabido que un relato a cargo de un personaje obliga a adoptar un ángulo de visión preciso, una perspectiva constante, una información limitada, y en el caso de Nancy muy limitada, diríamos, por su insuficiente conocimiento de la lengua y la cultura españolas. Nancy, efectivamente, se pierde en las anfibologías de las palabras y en la especificidad del comportamiento del pueblo que estudia. Constante y casi patéticamente la narradora confiesa que no ha comprendido algo, dice que «es gente difícil de entender» o cae en las más chuscas o trágicas de las situaciones, como por ejemplo el error fonético al querer pedir en un establecimiento algo que sonaba a pichas en lata cuando solo quería comprar unas inocentes *peaches*. Por otro lado, mucha información de primera mano de su investigación le viene a Nancy a través de Curro, que inventa o miente para salir del paso y ocultar su propia incultura. Esto se puede ilustrar con el nombre del coto de Doñana: le explica Curro a Nancy «el nombre del coto venía del siguiente caso: una princesa de los bártulos que era hechicera tenía celos de una esclava que se llamaba Ana, a la cual convirtió en una corza» (p. 105). No obstante, lo que Nancy crea no es tan importante como que nosotros, los lectores, sepamos, por ejemplo, que los *bártulos* no son un pueblo histórico. Esta información que el lector posee gracias a su cultura, y que le permite desmentir la explicación de un personaje capaz de engañar y de un narrador capaz de equivocarse, lo pone en solidaridad con el autor implícito y en contra del narrador en primera persona. Es el momento de la hilaridad para unos y acaso de embarazo para otros (un lector chino, o para el caso un norteamericano al que nuestro español le sonara a chino, no se reiría). El autor no interviene directamente para corregir a Nancy —como, por ejemplo, hace Cervantes con la bacía del barbero—: ¿para qué, si está el lector? Adquiere la novela en este punto parte de su actualidad teórica. Si desconociéramos la historia de España, si ignoráramos el significado de las palabras de una lengua, si el significante no reenviara a un significado dado por el contexto cultural, y dado que la «fonction référentielle du langage disparaît au profit

<sup>21</sup> Booth (1961: 269).

<sup>22</sup> Stevick (1971: 126).

de la fonction metalinguistique»,<sup>23</sup> creando el pleonasma y la tautología —como denuncia Lefebvre a propósito de la pretensión estructuralista—, estaríamos actuando como Nancy, aceptaríamos la explicación de Curro. Por el contrario, podemos responder con un «¡Desde luego!» a la interrogación de Todorov: «Las narraciones de los antiguos viajeros son ciertamente placenteras pero ¿acaso lo que nos dicen no resulta, la mayor parte del tiempo, de interpretaciones erróneas?». <sup>24</sup> De aquí se desprende que Sender duda de la posibilidad de que uno pueda convertirse en *otro* o de que uno pueda integrarse plenamente en la cultura del otro. Nancy busca durante toda su estancia el significado de *paripé*, y solo al final, encerrada y apretujada en una cabina de teléfono con el viejo duque, a quien llama *your highness* para adularlo como es costumbre entre los gitanos, cuando ve la intención seductora de él le dice, para tratar de capear el temporal, que el decorado de la habitación es pompeyano (p. 189). El duque duda y entonces ella hace el *paripé* explicando el arte pompeyano. Y aun así Nancy sigue preguntándose el significado de *hacer el paripé* en novelas posteriores, y quizás quiere decir con ello Sender que las palabras, el lenguaje, son una institución colectiva que se transmite de forma coercitiva de generación en generación. Parecen perfilarse el estructuralismo lingüístico y el concepto de *raza lingüística* de Renan...

Hablaba de arte pompeyano, arte de segundo grado, imitación de las maneras clásicas griegas, refinamiento, ilusionismo y efecto de espejos. Ese mismo año de 1968, en una conversación mantenida con Marcelino Peñuelas,<sup>25</sup> Sender se confiesa saturado de narración realista y prevé —profetiza— novelas en las cuales «se fundirá lo lírico, lo científico y lo metafísico de dimensión misteriosa, es decir, más o menos religiosa». Sin embargo, con ser interesante la evolución del realismo en el arte senderiano, que daría para un capítulo aparte, el problema es, como se va viendo, más grave y de naturaleza epistemológica: cuando Nancy lee lo que Shulton opina sobre los tartesos, ¿debemos creerla más que a Curro cuando diserta sobre el nombre del coto de Doñana? ¿Hemos de creer al mismo Sender cuando en *Epílogo a Nancy* manifiesta una serie de inexactitudes delatadas por Carlos Murciano y otros críticos que hacen otra lectura de Andalucía, los gitanos, el cante flamenco y los toros? El mundo muestra su naturaleza de texto, de palimpsesto: en el principio fue el verbo. El lenguaje construye el mundo en una intertextualidad permanente. Nancy es una *realidad* creada por la mente y la palabra escrita del autor, Sender, y lo gitano lo es en la imaginación de Nancy.

En fin, en esa época barroca en la que Sender se siente vivir,<sup>26</sup> el autor aragonés aparece, como Velázquez en *Las meninas*, pintando a Nancy y pintándose. La

<sup>23</sup> Lefebvre (1971: 70).

<sup>24</sup> Todorov (1991: 103).

<sup>25</sup> Peñuelas (1968). Parecidas declaraciones nos hizo a nosotros por esas fechas (véase Crespo, 1987).

<sup>26</sup> «Vivimos un tiempo de confusionismos barrocos» (p. 222).

realidad se crea y nos crea en un relativismo que se ha hecho lugar común en nuestra sociedad. Así, si todo es relativo, si «cada uno tiene su manera de vivir», como Sender le dice a Nancy al final del epílogo, «inventada más o menos inspiradamente» («Eso es lo que llamamos realidad. Y no hay otra, como tú sabes hace tiempo») (p. 670), o, si, en el mejor de los casos, solo existe una realidad inmanente a cada uno (¡para Curro sería la Guardia Civil, y quizás para Nancy las dificultades lingüísticas y culturales de las gentes que pueblan Iberia!), entonces puede aceptarse el mito como una explicación de lo real tan válida como cualquier otra. Y no es solo que el Sender autor-personaje en estos libros de Nancy comente con el profesor Blacksen las teorías de Lévi-Strauss,<sup>27</sup> sino que también, como este, considera la invariabilidad del espíritu humano y la historia como una prolongación de la mitología. Los gitanos estarían en un espectro del mito, y Nancy quizás en el otro.

Para concluir debemos volver al siglo XVIII, del que arranca el modelo que estructura el libro que comentamos. De ese momento parten los valores universales que se oponen al relativismo de moda hoy: la verdad objetiva que buscaba la Ilustración ha sido sustituida por la interpretación y la civilización por la cultura, la razón se anula ante el *Volkgeist* (gitano o germano) y, como dice Alain Finkielkraut, un par de botas viejas enmarcadas equivale a un soneto de Shakespeare —y, por ende, al mismo Sender—. Al presentársenos la realidad relativizada desde la perspectiva de cada uno, no podemos sustraernos a la impresión de que, entre bromas lingüísticas —la espuma ligera—, un Sender escamado o escaldado por los totalitarismos sigue a Lévi-Strauss en el intento de sentar al Siglo de las Luces en el banquillo. Esta es, nos parece, la dimensión más trascendente de esta *novelita*, y acaso su picardía y su castigo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Booth, Wayne (1961), *Retórica de la ficción*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Caudet, Francisco (1975), *Correspondencia Ramón J. Sender – Joaquín Maurín (1952-1957)*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- Clifford, James, y George E. Marcus (1991), *Retórica de la antropología*, Barcelona, Júcar Universidad.
- Crespo Ruiz, Ricardo (1987), «La estética literaria de Ramón J. Sender (entrevista póstuma)», *El Correo de Andalucía*, 8 de febrero, pp. 26-27.
- (1995), «El yo narrador y el otro», en Fermín Gil Encabo y Juan Carlos Ara Torralba (eds.), *El lugar de Sender: actas del I Congreso Internacional sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, Huesca, IEA / IFC, pp. 649-654.
- (2001), «Cambio ideológico y transcendencia: Sender en la American Literary Agency», en José Domingo Dueñas Lorente (ed.), *Sender y su tiempo, crónica de un siglo: actas del II Congreso Internacional sobre Ramón J. Sender (Huesca, 27-31 de marzo de 2001)*, Huesca, IEA, pp. 527-533.

<sup>27</sup> En un sesgo antidualéctico, afirma el narrador-personaje Sender: «Lévi-Strauss nos demuestra que hace quinientos mil años el hombre era lo que es ahora en lo que se refiere a la imaginación y a sus reacciones en soledad o en comunidad» (p. 204).

- Genette, Gérard (1993), *Dicción y ficción*, Barcelona, Lumen.
- Jover Zamora, José María (1997), *Historia y civilización*, Valencia, Universitat de València.
- King, Charles L., (1975), [Reseña], *Books Abroad*, 49, p. 742.
- Kirsner, Robert (1973), «La tesis de Nancy de Ramón J. Sender: una lección para exiliados», *Papeles de Son Armadans*, 71 (211), pp. 13-20.
- Lefebvre, Henri, 1971, *L'idéologie estructuraliste*, París, Anthropos.
- Mainer, José-Carlos (1974), «El otro Sender», *Andalán*, 43 (15 de junio), pp. 8-9.
- Peñuelas, Marcelino C. (1968), «La novela del futuro: diálogo con Ramón J. Sender», *Asonante*, 24 (2), pp. 24-28.
- Pérez Botero, Luis (1978), «Ramón J. Sender: *Gloria y vejamen de Nancy*. Edición Magisterio Español, S. A. Madrid, 1977. 205 pp.», *Estafeta Literaria*, 637 (1 de julio), pp. 3218-3219.
- Salinero, Fernando (1974), «Sender, la picaresca y *La tesis de Nancy*», *Letras de Deusto*, 47, pp. 193-198.
- Sender, Ramón J. (1955), «La prima de Nancy», *Temas*, mayo, pp. 99-116.
- (1957), «La prima de Nancy tiene novio», *Temas*, septiembre, pp. 56-64.
- (1962), *La tesis de Nancy*, México, Atenea.
- (1969), «Los golfos de Buda y otros inocentes excesos», *Destino*, 1 de enero, pp. 53-55.
- (1970), «La risa, la sonrisa y otros problemas», *Destino*, 24 de enero, pp. 26-28.
- (1984), *Los cinco libros de Nancy*, Madrid, Destino.
- Spencer, Janie (1986), «An American co-ed through Spanih eyes», *Romance Notes*, 26 (3) (primavera), pp. 209-214.
- Stevick, Philip (1971), *The Theory of the Novel*, Free Press.
- Todorov, Tzvetan (1968), *Poétique*, París, Éditions du Seuil.
- (1991), *Nosotros y los otros*, México D. F., Siglo XXI.